

# Una historia de amor y amistad

Dolores Adria Robles Rodríguez y Marisela Dolores Caballero Robles<sup>1</sup>

Mis padres nacieron ambos en Folledo, municipio de La Pola de Gordón, provincia de León, España. Emigraron a Cuba para buscar una vida mejor. Nunca tuvieron mucho dinero, ni les fue fácil encaminarse en aquella época, pero sí lograron construir una familia llena de amor, en la que primaba el respeto, la ayuda mutua, las relaciones con los que se quedaron y con los que venían, y nos dejaron una herencia de honestidad, comprensión y la enseñanza de que sólo tendríamos lo que fuéramos capaces de obtener por nosotros mismos. Su vida fue un ejemplo para todos. Cultivaron la amistad y recibieron a cambio mucho afecto y cariño. Siempre sintieron añoranza por su tierra y un gran amor por la patria que los acogió como hijos. Su matrimonio de casi 60 años tuvo como pilote fundamental la fuerza del cariño y afrontaron las dificultades con decisión y optimismo. El amor a su familia nos ha mantenido unidos y en deuda eterna con ellos. Hemos tenido la oportunidad de valorar y disfrutar de su inmenso legado.

Papá vino para Cuba soltero; ya tenía treinta y pico de años. Salió de Folledo en 1924 ó 1925 con un grupo de amigos de la aldea, entre ellos, Valentín Álvarez, como un hermano para él. Llegaron a La Habana, donde ya se encontraban desde hacía tiempo Eugenio y Leandro Rodríguez, hermanos de sangre y oriundos de Folledo también. El primero tenía una carnicería y un punto de leche y vivía en la calle Pamplona 77, en Jesús del Monte.

Me contaba mi padre que trabajó como criado en la casa de unos millonarios de apellido Mendoza y me narraba anécdotas de aquellos primeros tiempos, solo, sin familia, con la única ayuda de sus amigos. También me contó que había ido a ver a Caruso, el famoso tenor italiano que cantó en La Habana, y que se sentó en una de las últimas filas del teatro. Nunca contó mucho de

<sup>1</sup> Este relato narra la historia de Gabriel Robles González (17/03/1886-16/07/1986) y de Laudina Rodríguez Rodríguez (12/03/1904-24/08/1997), padres y abuelos, respectivamente, de las autoras. (N.E.)

su niñez ni de su juventud, solo decía que era hijo de Dolores Robles, madre soltera, que murió joven y que él sabía las cuatro reglas aritméticas, que sabía leer y escribir, pero no había recibido ninguna otra instrucción, solo lo que le enseñó la vida. Contaba que durante su servicio militar estuvo en Marruecos y que era el que repartía la comida a la tropa. Al cabo de algún tiempo en casa de los Mendoza, se pone en contacto con un medio primo de él llamado Bernardino Álvarez, quien tenía algunos negocios propios en Jiquí, municipio de Esmeralda, en Camagüey una finca, un hotel y una carnicería. Se asociaron y papá se quedó con el hotel.

Ya planificado su futuro en Cuba, vuelve a España y allí se enamora de Laudina Rodríguez, hija de Leandro, a quien conocía de Cuba, y Baltasara. Este matrimonio tenía tres hijos varones y cuatro hembras. Los dos mayores eran Laudina y Abelardo. Se casaron el 26 de octubre de 1927 como consta en la inscripción del juzgado de La Pola de Gordón, la cual guardo como recuerdo sentimental. Mamá tenía 23 años y papá 40. Ya preparado su viaje hacia Cuba, viene también con ellos el hermano de mamá que ella adoraba, Abelardo, dos años mayor, y que ayudaría en el desarrollo del negocio. Salen de España el 18 de enero de 1928 mediante la Compañía Trasatlántica Coruña, en el vapor Alfonso XIII y llegan en febrero. Mamá hace un viaje malísimo, ya que estaba embarazada desde diciembre. Ellos vienen para la casa de Eugenio Rodríguez, tío de mi madre, que vivía en la calle Pamplona, en La Habana. La familia de Eugenio estaba compuesta por su esposa, dos hijos varones y una hembra llamada Adria. Mamá se quedó con ellos para ser atendida durante su embarazo y el parto. Tío y papá continúan viaje hacia Jiquí, a tomar posesión de su nuevo negocio el hotel.

Yo nací el 10 de septiembre de 1928. Las relaciones entre las dos familias siempre fueron íntimas y quedamos eternamente agradecidos por la atención esmerada que nos brindaron. A los dos o tres meses de nacida, nos reunimos con papá y tío, y en Jiquí, Esmeralda, pasé toda mi niñez y adolescencia. La vida se desenvolvía normalmente. El pueblo tenía cerca al central Jaronú, hoy Brasil, y en aquella época era uno de los más grandes del país. El hotel quedaba frente por frente a la estación de trenes y todos los viajantes de comercio de la línea norte de Camagüey, en vez de quedarse en hoteles de otros pueblos, preferían hospedarse en el nuestro porque era muy acogedor y familiar. Tenía dos plantas. En la parte de abajo estaba el bar, el comedor, la cocina y la trastienda y la planta alta contaba con tres habitaciones de dos camas cada una, con lavamanos y un baño colectivo. Mi madre se encargaba de todo lo relacionado con la cocina, aunque tenía personas que la ayudaban, y recibía constantes elogios por la calidad de los platos y dulces que elaboraba.

Siempre mantuvimos buenas relaciones con la familia que quedó en Folledo. Recuerdo, siendo yo una niña, cuando la Guerra Civil Española, allá por el año 1936, enviaban ayuda material y económica en paquetes y baúles. Todo lo que pudiera ser útil se mandaba, ya que mi tío Alberto fue un luchador contra los fascistas y la situación empeoraba cada día más. Pasan los años y mi tío Abelardo se casa. Con su esposa y suegros se traslada a Ciego de Ávila, donde había comprado una cafetería. Tiene una hija y su negocio le reportó una vida próspera en todos los aspectos. Nosotros vinimos para La Habana donde papá compró una carnicería en la calle Concha 320, entre Luco y Villanueva, en Luyanó. Esto fue en el año 1944. Vivíamos detrás del negocio y un matrimonio gallego que desde el primer momento resultaron ser unos vecinos maravillosos, abrieron una puerta por su casa para que saliéramos a la calle con mayor comodidad, y esa amistad mutua perduró por muchos años.

Desde que llegamos a La Habana, nos asociamos a la Quinta Castellana y a la Colonia Leonesa y participábamos en las grandes actividades que esta última ofrecía anualmente en la Tropical, en San Francisco, etc. Allí siempre nos reuníamos con los que iban llegando de Folledo, los que habían emigrado hacía tiempo, los que habían ido de visita, y esas veladas eran motivo de alegría. Eran encuentros inolvidables para esa familia grande de todos los que, de una forma u otra, se conocían de antaño, casi todos con cierto parentesco porque eran primos, todos los hombres eran carniceros, todos habían experimentado la nostalgia de estar lejos de la patria, y todos defendían sus sueños por los cuales llegaron a esta isla. Recuerdo muchos nombres, pero la lista sería interminable. Solo mencionaré a Enrique, Beneranda, Manuela, Bernardino, Vicente, Toño, y los hermanos Gutiérrez. Mamá ayudaba muchísimo en la carnicería y mi padre pertenecía a La Selecta, una organización que abastecía y solucionaba problemas que se les presentaba a los carniceros. Este negocio no fue todo lo próspero que mis padres deseaban. Papá siempre fue un hombre fuerte, las muñecas de sus manos eran anchas y esto le daba la posibilidad de cargar los cuartos de reses con facilidad y trabajaba duro para mantener a su familia, pero una lesión en un hombro y los años que tenía fueron creándole dificultades. Además era muy condescendiente con los clientes y en esa zona donde estaba enclavada la carnicería abundaba la pobreza y las necesidades de todo tipo. Otro hermano de mi madre que vino de Folledo en los 50, trabajó para él, pero no hubo mucha mejoría. A principios del triunfo de la Revolución Cubana, papá dona su carnicería.

Tío Abelardo pudo viajar a España en 1955, 27 años después de emigrar, con su esposa e hija. Él había prometido llevarme pero yo ya estaba casada y con una hija pequeña. Papá y mamá nunca pudieron regresar. En 1996, con 92 años, a mamá le llegó un viaje del IMSERSO con todos los gastos pagados,

pero ya estaba muy malita y me dio mucho miedo llevarla. Creo que ese hubiera sido la realización del sueño de toda su vida. También fue muy feliz y se sintió muy halagada con la ayuda económica que recibía anualmente. Durante varios de sus últimos años, estaba muy orgullosa de que España se ocupara de sus nativos, donde quiera que estos se encontraran, y de los años que habían vivido lejos de ella; y es que realmente la patria donde se nace nunca se olvida, y ella de manera muy particular recordaba todo como si hubiera salido de allá, hacía apenas unos días. Por deseo expreso de mamá yo me hice ciudadana española y todos los años lleno la planilla y en algunas ocasiones he sido beneficiada económicamente, cuestión que se agradece mucho. Es una ley encomiable.

Como padres preocupados por la educación de su única hija, me pusieron en la escuela de monjas Seleciano y en La Habana Bussines Academy, en 10 de Octubre, donde se daba el Secretariado. Cuando me casé en el año 1950, papá hizo socio de la Colonia a mi esposo. Por aquella época siendo el hombre socio, la esposa e hijos tenían derecho. Yo tuve tres hijas e hice igual que papá cuando ellas se casaron. También se fueron asociando los nietos y las mujeres que se quedaban solas. Actualmente nuestra familia tiene un total de 12 miembros y esperan por ser aceptados dos nietos que ya tienen la edad correspondiente. Ya desde 1951 que tuve a mi primera hija en la Quinta Castellana, mamá me ayudaba en todo, y así fue también en 1959 y 1965 cuando nacieron mis otras dos hijas. Cuando comienzo a trabajar en 1960, mi madre fue el pilar fundamental de la casa, a cargo del cuidado de las niñas, los quehaceres del hogar y la atención esmerada a cada uno de los integrantes de la familia.

A finales de los años 50 emigra de Folledo otro hermano de mamá llamado Nemesio, quien era minero y no soportaba más ese trabajo. Fue ella la que insistió para que mi tío Abelardo pusiera el dinero y finalmente vino para Cuba y comienza a trabajar en la carnicería de papá en Luyanó. Más tarde vienen su esposa e hija y su suegro, quienes viven todos en nuestra casa hasta que pueden independizarse y tener un hogar propio. Inmediatamente se hacen socios de La Leonesa y participan en sus actividades. Su suegro fallece años más tarde y desde hace 8 o 9 años, él regresa a León en compañía de su esposa, hija y nietas. En 1965 también emigran de Folledo dos hermanas de mamá, Gloria y Domitila, que viven en Camagüey y son socias de la Colonia desde que llegaron. Mamá fue muy feliz con la llegada de ellas a Cuba y vivieron juntas bastante tiempo. Mi tío Abelardo murió en 1978 y lo recuerdo como la persona más buena del mundo. Cuando venía a La Habana, con bastante frecuencia, se ponía a hacer los mismos cuentos de siempre. Conversaban hasta el cansancio de la época del hotel, de cuando él visitó Folledo, de tantos y tantos recuerdos compartidos con amor, añoranza y alegría al mismo tiempo. Nunca escatimó

dinero para complacer a mi madre y contribuir a que algunos de los hermanos se unieran en Cuba. Mis padres y él fueron inseparables por muchos años, y cuando la vida los hizo tomar por caminos distintos, continuaron unidos por lazos indestructibles.

Mis padres vivieron una larga vida llena de felicidad y cariño. Sus nietas los recuerdan como abuelos amantísimos. No había personas más cariñosas y dedicadas a su cuidado y bienestar. Fueron un pilar fundamental en la unión de nuestra familia y me siento orgullosa de ellos. En las temporadas veraniegas siempre disfrutaron de las playas de Cuba, Jibacoa, Varadero, Boca Ciega, Guanabo, rodeados de sus seres queridos. De las comidas ricas que hacía mi madre todos nos acordamos y en algunos platos nadie ha podido superarla. Siempre tuvieron infinidad de amigos cubanos y españoles. Creo que pocas personas pueden decir con absoluta certeza, que contaron con excelentes amigos y ellos reconocían el valor extraordinario de una buena amistad.

Mi padre era noble, cariñoso, muy pausado. Hacía chistes. De buen comer, gustaba del vino y en sus años mozos un buen tabaco le encantaba. Mi madre era muy afable, conversadora, buena cocinera, servicial y adoraba a papá, que lo cuidaba como si fuera un niño cuando tenía una edad muy avanzada. Recordar que él le llevaba casi 20 años. Papá murió a los 100 años con una lucidez asombrosa y feliz de conocer a tres de sus bisnietos que colmaba de mimos. Mamá conoció en total a cinco bisnietos y cuidaba de ellos con gran cariño y dedicación. Cuando ella murió a los 93 años, mi hija más pequeña se encontraba embarazada de siete meses de su segundo hijo. No pudo conocer a su sexta bisnieta que actualmente tiene diez años.

Para mi madre, con solo 23 años y embarazada, no fue fácil viajar con su esposo y un hermano hacia lo desconocido, llena de temores y preocupaciones. Pero la vida la fue premiando, no tanto de cosas materiales, sino de una paz inmensa que logró con su esfuerzo, su amor hacia los suyos y el apoyo incondicional a sus amigos.

Varias décadas perduró su amistad con una modista llamada Manuela Iglesias y una dueña de una tienda de ropas llamada Sara Fernández, cubanas las dos, que la querían muchísimo y ella las tenía como familia. Sobrevivió a ambas. Ya mayor, era muy entusiasta en el Círculo de Abuelos de nuestra localidad y hacía todos los ejercicios que orientaban, a pesar de ser ella la de mayor edad. Le encantaba conversar con todos y participaba en todas las actividades culturales y recreativas que se organizaban. Era una ávida lectora de periódicos, de las revistas *Carta de España*, *Bohemia* y *Mujeres*, y de muchos libros de la literatura cubana y universal. No se perdía un noticiero de la televisión, y le gustaban las novelas, las películas, los programas humorísticos, los de recetas de cocina y los musicales.

Me he decidido a contar esta emotiva historia, como un tributo a quienes fueron todo en mi vida, a quienes respeté y cuidé hasta su último aliento. Me ayudaron en todo momento con su apoyo y amor y me inculcaron desde pequeña su fidelidad a León. Mamá que fue la última en dejarnos, amaba con locura a su terruño. Pasó más tiempo en Cuba que en España y sin embargo, nunca la olvidó. Demostró ser también una verdadera patriota cubana. Es cierto. Recordar es volver a vivir y rememorar esta historia ha sido reconfortante para mí, para mis hijas y para mis nietos. Todos los que los conocieron, recibieron de una manera u otra, sus cuentos, sus enseñanzas, sus cuidados, su cariño, sus atenciones, su alegría de vivir y fue un privilegio para nosotros que vivieran tantos años. Emigraron un día muy lejano, sembraron sus semillas, y estas germinaron. A ellos, a mi tío Abelardo, y a todos los que dejaron Folledo para venir a Cuba, este sencillo pero sincero homenaje.

Relación de emigrantes de Folledo, León, España, como recordatorio especial. Los fallecidos en Cuba descansan unidos en nuestro panteón. Los señalados con asterisco aún<sup>2</sup> viven: Gabriel Robles González, Laudina Rodríguez Rodríguez, Abelardo Rodríguez Rodríguez, Gloria Rodríguez Rodríguez, Domitila Rodríguez Rodríguez\*, Nemesio Rodríguez Rodríguez\*, Rosa Martínez\*, Gloria Rodríguez Martínez\*, Ulpiano Martínez, Eugenio Rodríguez, Leandro Rodríguez, Valentín Álvarez, Bernardino Álvarez, Manuela Robles, Bernardino Robles, Urbano Gutiérrez, Honorato Gutiérrez, Ángel Gutiérrez, Vicente Rodríguez Gutiérrez, Antonio Rodríguez Gutiérrez (Toño)\*, Enrique Rodríguez, Beneranda Rodríguez, Gerardo Rodríguez, Eleuterio Rodríguez, Honorino Rodríguez, Teodoro González, Bernardo Álvarez y Félix Álvarez.

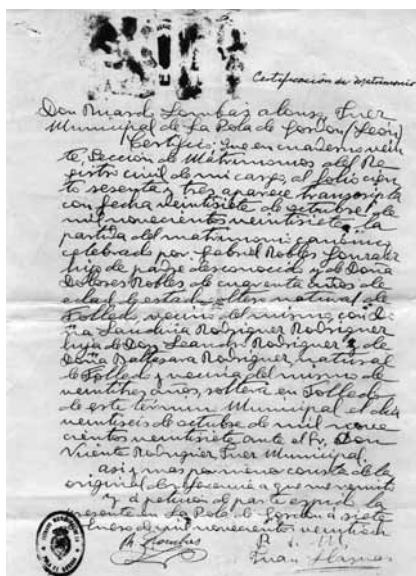
<sup>2</sup> La fecha de composición del relato es 2007. (N.E.)



Pasaporte de Gabriel Robles González.



Pasaporte de Laudina Rodríguez.



Certificado de matrimonio de los protagonistas del relato.



En el hotel de Jiquí (Camagüey), año 1935.



Matrimonio con su hija 1936.





Reunión familiar (año 1947). Laudina, Gabriel, Abelardo y Dolores.  
Sentados: suegra, esposa e hija de Abelardo.



Actividad de la Colonia Leonesa (año 1948). Enrique, Antonio, Laudina y Dolores.



Actividad de la Colonia Leonesa en la Tropical (año 1955). De derecha a izquierda: Enrique, Antonio, Laudina, Dolores, Gabriel, Bernardino, Vicente y Nemesio.



Papá (Gabriel Robles González) a los 87 años (1973).



Mamá (Laudina Rodríguez) a los 92 años.